

FILMS DE AMOR

Margués en Comandita



NÚM.
113

25
CTS.

Adolfo Menjou - Nora Lane

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:
Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707
B A R C E L O N A

AÑO V

NÚM. 115

MARQUIS PREFERRED 1929

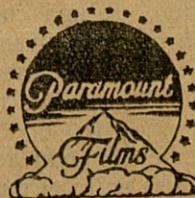
Marqués en Comandita

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título interpretada por el artista más admirado del sexo bello

Adolphe Menjou

por LOPE F. MARTÍNEZ de RIBERA

EXCLUSIVA
DE LA INVICTA



P.º GRACIA, 91
BARCELONA

REPARTO

El Marqués ADOLPHE MENJOU
Peggy NORA LANE

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

PARTE PRIMERA

El marqués Guy de Basin d'Argenville ha dilapidado una fortuna. El marqués Guy de Basin d'Argenville derrocharía cien fortunas, si cien veces la suerte le hiciera de ellas opulento poseedor. El marqués Guy de Basin d'Argenville, no ha perdido con su fortuna su alegría y sabe mirar su ruina con una sonrisa levemente irónica. Y a pesar de todo, nuestro admirable marqués sabe ser feliz.

Hijo de una de las más nobles familias de Francia y heredero de una cuantiosa fortuna, se dedicó durante su juventud a leer en el libro de la vida las páginas más bellas, sin detener ni un instante sus miradas sobre lo vulgar y por ende feo en demasía.

Posee una esmerada educación y es su elegancia proverbial entre el mundo elegante de la Ciudad Luz.

Su nombre, famoso por algunas célebres aventuras con que salpicó su vida amablemente mundana, es conocido por todo el París que juega, derrocha, se divierte y triunfa, bañándose en la ola de *champagne* en

que envuelve sus caricias y sus sonrisas de vieja cocota maquillada, la ciudad, que según el bearnez, bien vale una misa.

Todo sonríe y vibra en la vida de nuestro marqués: sonríen su rostro y su conciencia; vibran su juventud y sus afanes locos. Pero su cuenta corriente, está seria, muy seria y muy comprometida. El joven aristócrata no tiene ni un franco. Los que tuvo son hoy pieles y joyas y caprichos sobre las palideces nacaradas de mil bellas mujeres que un día le tuvieron por señor. Son también bomboneras, palacios de más de una muñequita de carne que supo acercar a su boca un algo del espíritu del señor. Son fichas que parecen eternas esclavas de los giros veloces de la ruleta loca. Son eso y alegría y juventud con ellos derrochadas y a los cuales nuestro héroe dió siempre un valor superior al de aquellos que las engalanaron con su músculo poder.

Es impecable en el vestir nuestro marqués y es elegante y educado. Su galantería es proverbial y sus modales exquisitos; mas como marco a tan nobles dones no posee el marqués más que un viejo y solitario castillo, repleto de ancios vestigios de siglos muertos y casi olvidados, de tesoros artísticos gravados por enormes hipotecas que a la par que al tal tesoro gravan las viejas paredes que los encierran.

Este es el marco en que presentamos al

marqués, uno de los días más trascendentales en su existencia.

No nos equivocamos al juzgar este día como el más memorable de su vida, aunque no opine lo propio nuestro admirable marqués, quien a pesar de que el sol ha rato que encendiera la noble mansión con sus oros y la mañana con su alegría, duerme a pierna suelta como si un ardite le diera, de todo cuanto el destino puede sembrar en las sendas de su futuro, que al parecer no le muestra, aquella mañana, en que le presentamos a nuestros lectores, agradable muestra en la que poder descansar un optimismo.

La vida es brutal en sus contrastes.

En una de las más bellas salas de la aristocrática mansión duerme el marqués olvidado de lo que le rodea y se le ha de imponer a su pesar: es lo fatal, que en el vestíbulo le acecha en las personas de sus acreedores reunidos que no quieren esperar ni un día más en hacer efectivas las respectivas facturas y múltiples pagarés, conque el animado marqués ha tiempo que paga sus servicios.

Y el sastre y el tapicero gritan y a su coro se unen los demás que no pretenden otra cosa más imposible que la viva en su deseo de cobrar, y ¡cobrar del marqués!, que se ha olvidado ya de todo lo que un día hicieron por servirle y que además aunque lo tuviera grabado en la memoria, no podría hacer otra cosa, que compadecerles.

El que con vino se acuesta suele desayu-

narse con agua y agua es lo primero que pide el marqués a su mayordomo, que viene a despertarle con la buena nueva que abajo le aguarda. La noche anterior hubo gran fiesta y regocijo en el castillo y su optimismo persiste en el espíritu de su estorvo aristocrata.

—Diles que esperen —dice tranquilamente a su criado— y sírveme el almuerzo. En un día como este es preciso que coma bien... Waterlóo se perdió por el hambre.

El mayordomo admira a su señor y acata sus órdenes, como si de leyes escritas por la república se tratara. El marqués sabe hacerse amar de cuantos le rodean. Tiene la simpatía que se desprende de todo lo noble y lo bondadoso.

Poco después, elegantemente vestido y qués en el quicio de la puerta que comunica qués en el quicio de la puerta que comunica sus habitaciones con el vestíbulo en donde se hallan reunidos sus acreedores, que silenciosos le ven entrar, acallando los groseros conceptos que contra él vertieran, momentos antes con airada voz y descompuestos ademanes. No pueden olvidarse de que es el señor y son ellos sus esclavos; nunca más escalvos que en aquel momento.

Con una sonrisa un tanto irónica saluda el marqués a sus acreedores, preguntándoles con voz carirosa y un tanto meliflua:

—¿A qué debo el honor de vuestra visita, mis caros señores?...

Los caros señores están desconcertados. No se atreven ni a contestar consecuentemente y se miran unos a otros asustados del cinismo de su cliente.

Por fin, uno de ellos, el sastre Floset—¡siempre había de ser el sastre!—con la voz un poco alterada por la emoción, contestale al señor, no sin antes doblarse genuflexo, como si le tuviese ante las lunas de su probador:

—Señor marqués; querido señor marqués, estamos aquí para suplicarle una respuesta categórica...

—¿A qué, mi admirado Floset? ¿A qué deseais que yo os conteste?...

—Queremos que nos pague, no con palabras, sino con dinero contante y sonante.

—Eso es... Contante y sonante, sí, señor —exclamaron a coro los perros de presa.

—¡Qué desagradecidos sois! ¿De modo que queréis que os pague el privilegio que os concedo de servirme?...

En la cara de los acreedores las palideces lívidas aumentaron.

—Nada de evasivas—continuó Floset—. Nada de evasivas, señor marqués. Si no paga sus deudas al instante, daremos nuestros créditos al juzgado y la autoridad se incautará del castillo en beneficio de sus acreedores. Estamos cansados de palabras que

nunca se cumplen el queremos el dinero que nunca llega.

—Lo tendréis. Pero hoy no me siento dispuesto a hablar de negocios...

—¡Pero señor, marqués!...

—¡Estoy enamorado! ¡Profundamente enamorado! ¡Enamorado hasta la redención! Dejad esta cuestión para otro día.

—¿Conque enamorado, eh?... Pues ya estamos cansados de sus conquistas con nuestro peculio.

—No seas grosero, Floset... Mi amor es un asunto que interesa a todos.

El asombro se pinta en el rostro de todos los acreedores, que no saben si creerlo verdad, o engaño propio de su cinica desenvoltura.

—Por una feliz coincidencia—continua el marqués—el padre de mi prometida es inmensamente rico. Además, conoce lo mucho que debo a vuestra amabilidad y está dispuesto a agradecerlos lo que por mí hicisteis, encargando a su cuenta corriente que os devuelva el favor, con creces, pues bien merece un rédito vuestro noble comportamiento para conmigo.

Dice esto el marqués, como si no quisiera dar importancia a sus palabras y lo dice serio y como convencido él mismo de que encierran verdad sus palabras, que llevan al ánimo de sus acreedores una suave tranquilidad que hace que a sus rostros asome una

confianza envuelta en la más acogedora y comprensiva de las sonrisas.

El uno le pide perdón; el otro le ofrece nuevamente sus novedades; aquél le promete la luna; el de acullá el sol, y todos, en fin, se rinden a su paso, que alfombran de saludos y genuflexiones, como los pobres súbditos de un feudal aristócrata harían temerosos ante la grandeza admirada y temida de su poderoso señor.

—Apenas han desaparecido sus acreedores, una fina sonrisa asoma a los labios del marqués, quien con gesto cansado llama a su mayordomo, para ordenarle que le prepare una buena cena, que bien—según él—la necesita, después de haberse librado de aquella tropa carnícera.

—Señor!—contéstale el criado—. Hemos agotado nuestro peculio particular para que usted no careciese de nada estos últimos tiempos. He de decirle, señor, que Jacques ha estado comprando el caviar con dinero por él ahorrado y Alberto se ha gastado el último franco que tenía para proveerle de cigarrillos rusos. Nos hemos arruinado con usted y nuestras bolsas están exhaustas. No tenemos un franco, señor... Menos mal que su buena suerte viene a favorecerle con esa boda que volverá otra vez a este castillo el antiguo esplendor de que le rodearon sus mayores.

9

Helado se quedó el buen mayordomo, cuando el marqués, después de mirarle compasivamente, dió al aire una sonora carcajada, dejándose caer en la poltrona que tenía más cerca. Y mucho más frío quedó el pobre hombre cuando oyó a su señor que le decía:

—¡Pero qué crédulos sois!... Lo de la rica heredera es un cuento, con el que únicamente espero dar largas a mis acreedores.

—¡Pero, marqués!...

—¿Qué querías que hiciese, pobre viejo? ¿Querías que me dejase echar de este único refugio que me queda?... ¿Qué hacer, en este caso?...

—Tiene razón el señor... ¿Qué hacer?

Y el señor enciende un pitillo, contemplando las espirales que el humo fríge sobre su cabeza, preñada de negros pensamientos, y el viejo mayordomo se aleja, compungido para contar a los criados la verdad que lanza por tierra las esperanzas que pusieran todos en aquella fantástica boda que les hiciera felices durante unos instantes.

Aun no ha marchado el sastre Floset, quien comenta con los criados la buena suerte del marqués.

—Es una boda—dice—que nos viene a todos a pedir de boca. A él sobre todo.

—¿A él?—pregunta el mayordomo, irónicamente.

—A todos y en especial a él — contesta Floset—. Esa boda...

—Esa boda es falsa—advierte el criado cortándole sus disquisiciones sobre el tal matrimonio.

—¿Falsa?—preguntan todos al mayordomo, asombrados de que se atreva a desmentir a su señor.

—¡Falsa! ¡Falsa!... Me lo acaba de confiar el mismo señor marqués.

—¡Me lo figuraba!—aulló, más que dijo, Floset—. ¡Es un farsante y he de contarles la verdad a sus acreedores!

Estaba enfurecido. No tanto por el engaño como por lo que para él suponía la pérdida la farsa con tanto aplomo jugada por el marqués.

—¡No hará usted tal!—atajó el mayordomo.
—Si dice una palabra a esa gente, estamos perdidos!

—¿Por qué?

—Muy sencillo, señor Floset: todo lo que aquí queda para repartir entre los acreedores del marqués, son hipotecas y un juego de croquet prehistórico, que es lo único que no ha podido hipotecar nuestro señor.

Un sastre, simplemente, no es capaz de ninguna idea luminosa. Este es un hecho probado por la ciencia en todas las latitudes; pero un sastre animado por la idea de cobrar una cuentecita a su desgraciado deudor, es capaz de comprender hasta el principio de Arquímedes, cuanto más, de hallar un rayo de luz en el peliagudo asunto que nos ocupa.

Escásamente el sastre Floset habrá pensado tres segundos, pero en ellos y en tan corto espacio de tiempo se ha cocido una idea que, aunque haciendo algunos dispendios al principio, acabará por retornarlos a sus bolsillos, sumados con un rédito que en el momento oportuno se encargará de determinar su volcánica inauguración.

—Creo, señores, que he dado con la solución. Me explicaré. El marqués no ha encontrado esa rica heredera de quien nos habla. Pero, ¿no es también cierto, señores, que nosotros tal vez podríamos dar con ella?

El mayordomo y los criados asentían, esperando intrigados el resultado de la comunicación de Floset, quien continuó, en este punto con alguna cautela:

—Buscar una millonaria es fácil. Nuestro hombre es guapo, elegante y tiene un árbol genealógico que sería la envidia de un Par de Francia. Con estos elementos y un contratiempo que firmase, yo me comprometería a encontrarle una rica heredera, capaz de comprar su título con algo más que una sonrisa. Por otra parte, y como sería preciso facilitarle dinero para que cubriese las apariencias, hasta que le hubiésemos casado, podríamos nosotros organizarlos en una sociedad que podríamos llamar “Marqués en Comandita”... Yo facilitaría el dinero, a condición de que el señor marqués se comprometiera a abonarme las cantidades que yo expusiera en el negocio,

claro está que con los respectivos intereses, que no creo sería mucho pedir si, contando los riesgos, los elevamos a un 60 por 100.

—Si el marqués lo quiere—expuso el mayordomo—, yo por mi parte no tengo ningún inconveniente en prestarle mi ayuda.

—Ni nosotros—clamaron a coro Jacques y Alberto.

—Pues, manos a la obra. Voy a casa de mi abogado y dentro de breves momentos estoy aquí con el acta de exacción de la entidad y el contratito ese de que os hablé hace unos instantes.

Una hora después, fiel a su palabra, volvía con un envoltorio de papeles bajo el brazo, dispuesto a arrancar al marqués, venia y firma para su sociedad la primera, y para su contrato la segunda.

El marqués, a quien los criados pidieron audiencia para él, le esperaba ya.

Con mucha delicadeza, para no herir la exquisita sensibilidad de Guy de Bazin, y con acento meloso en demasía, comienza Floset el discurso que había venido en su acéfala mollera:

—Señor marqués, sus acreedores estamos muy disgustados con su proceder. Nos ha tomado usted lindamente la cabellera; pero nosotros estamos dispuestos a perdonárselo y no

solamente a darle un nuevo plazo, sino a suministrarle a usted los fondos para que continúe la vida que hasta ahora llevó.

El marqués no se atrevía a creer en aquella venturosa proposición y esperaba con curiosidad ver adónde quería conducirle el lógico egoísmo de su sastre, que continuó del siguiente modo:

—Señor marqués, usted nos había dicho que iba a matrimoniar con una rica heredera y la tal, según su propia declaración, no existe más que en su buen deseo de engañarnos. No frunza el ceño, marqués, no he terminado y creo que lo que le voy a proponer es, para usted, altamente ventajoso. Se trata de que ya que usted no encontró hasta hoy a la rica heredera, nos deje que se la busquemos nosotros, siempre que usted se comprometa a, luego de casado, pagar nuestros créditos en su contra. Nosotros de este modo, como ya le dije anteriormente, le proporcionaremos cuánto dinero sea necesario para cubrir las exigencias de su vida elegante. Un contrato por usted firmado aceptando estas condiciones, bastará a cubrir el expediente. Una sola firma y su vida estará de nuevo a seguro de eventualidades. ¿Acepta?

—Mira, Floset: si ayer me hubieras hecho esa proposición, lo más seguro hubiera sido que, después de mandarte azotar por villano, o azotarte yo mismo, te hubiera arrojado a la calle como una mala carroña; pero me lo

propones hoy, después de haberme enterado que no solamente me arruino yo, sino que hago lo propio con mis criados, y acepto, deseándoos una buena suerte en la elección, que debéis de procurar sea rápida, pues tengo mis planes para el futuro y he de llevarlos a la práctica con o sin vuestra proyectada boda. Acepto, pues. Veamos ese contrato que me traes. Ahora bien; lo único que exijo, es que, hasta el final, me dejéis vivir con el lujo a que estoy acostumbrado.

—Conformes, señor.

—Veamos, pues, tu contrato.

Pasó el papel, redactado por el justiciero a que recurriría Flozet, a manos del marqués, quien, después de haberle leído y comentado, al final, con una imperceptible sonrisa irónica, exigió que la novia fuese, no bonita solamente, como en él se especificaba, sino muy bonita, como la mujer que él hubiera querido poseer.

Aceptada la enmienda por Flozet, firmó solemnemente el marqués Guy de Bazin d'Argenville, quedando de este modo constituida y formalizada la entidad de explotación "Marqués en Comandita".

"Donde menos se espera, salta la libre", dice un viejo proverbio castellano, y en verdad que no le falta razón al refranejo.

Ocurría que, en el momento histórico cuya

narración acabamos de hacer a nuestros lectores, una riquísima familia americana, compuesta por un opulento fabricante neoyorquino, su mujer, sus dos hijos, Swendolyn y Willan, visita palmo a palmo y una por una las viejas provincias francesas, llegando en el momento que nos ocupa ante la soberbia y orgullosa masa señorial del viejo castillo en que el marqués d'Argenville se ocupa de su pasado y se preocupa por su futuro.

La fábrica de conservas del viejo Grugger, da para todas aquellas idas y venidas de la familia americana, a la cual acompaña una lindísima joven, Peggy Winton, doncella de compañía de la hija del millonario, la preciosa Swendolyn, que profesa a su doncella un afecto sincero, recíprocamente convertida por la doncellita que está a su servicio desde el día siguiente al en que quedó huérfana por la muerte de su querido padre.

Al llegar la singular familia del millonario Grugger frente a la puerta principal de la soberbia mansión d'Argenville, en el magnífico "Rolls-Royce" en que realizaban su tour-nés por las provincias francesas, mandó el millonario bajar a la doncella Peggy, para que preguntara si era accesible la señorial morada al afán de curiosidad de sus señores.

Hízolo así la linda doncella, volviendo al poco rato a comunicar al millonario que en el castillo no permitían la entrada a los turistas.

—Señorita Peggy—dijo malhumorado el es-

trafalario fabricante —, yo creía, cuando te ofrecimos que nos acompañaras, que con tus conocimientos del francés, nos abrirían las puertas en todas partes.

—Sin duda, mister Grugger, no poseo la llave de la convicción.

—Es igual, Peggy. Yo he llegado hasta aquí atraído por la guía, y he de ver el "chateap" cueste lo que cueste. Baja del coche, Swendolyn—dijo luego, refiriéndose a su hija—. No faltaba más, que a los dólares nuestros permaneciese hermética esa puerta. Vamos allá.

Y, dicho y hecho, precedidos por Willián y seguidos de su esposa y de la doncella, allá se fueron padre e hija, animados del mismo afán de penetrabilidad.

Detuvo su ímpetu el criado del marqués, quien les rogó que le dieran su tarjeta para pasar recado a su señor.

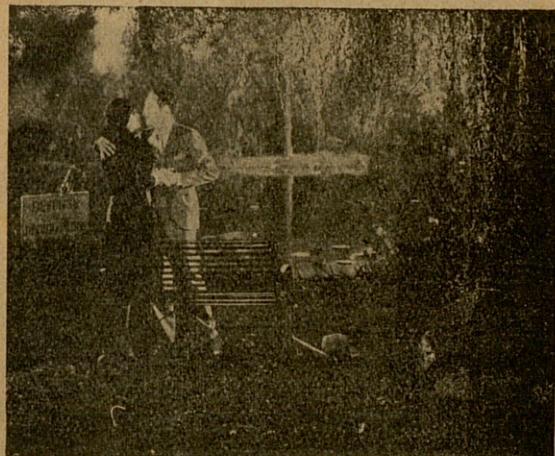
Mister rugger le dió su tarjeta, en la que, con gruesos caracteres, se leía:

WILLIAM GRUGGER

Fabricante de hígado de pato garantizado

—Dígales a esos señores—dijo el marqués a su mayordomo—que se marchen de aquí, que mi casa no es ningún museo.

Serio y rígido volvió hasta donde estaban los americanos, el mayordomo, quien le expuso lo que su señor le había encargado, aunque endulzando con más política las palabras.



Y por los jardines del viejo parque.

—Sin duda vuestro señor no sabe quién soy yo. Tenga esta otra tarjeta más explícita, gástese usted ese dólar a mi salud, y vuelva a su señor para pedirle permiso con el que nosotros podamos visitar esta casa.

No el mandato, pero sí el dinero, hizo que el mayordomo volviera a su señor, que le echó de su despacho con cajas destempladas.

Mister Grugger tuvo, pues, que desistir de su deseo, volviéndose por el camino que le trajo y renegando de la nobleza de Francia, tan poco atenta con sus fábricas y con sus millones.

* * *

Cuando Floset supo la categoría que el millonario tenía en el mundo financiero de su país y el poco tacto tenido por el marqués para con él, obligó al marqués, como director gerente de la entidad "Marqués en Comandita", a invitar a almorzar en su castillo a la semana siguiente para lo cual le hacen firmar la siguiente carta:

"Mi estimado Mr. Grugger:

"Siento inmensamente lo ocurrido con mi criado, y estoy dispuesto a darles una satisfacción completa, invitándoles a cenar conmigo en el castillo de sus ansias, de hoy en ocho días.

"De usted y de su distinguida familia muy atento,

"Guy de Bazin, marqués d'Argenville."

Momentos después, la tal carta, puesta en el correo por la propia mano del sastre Floset, llegaba a su destinatario, quien cayó sobre ella con la mayor sorpresa.

Excusado es decir que la carta fué manoseada, leída y aceptada por la familia del millonario, con harto disgusto de la doncella, que tenía profunda aversión a todo lo que supone nobleza hereditaria.

La corona que ostentaba el papel en uno de sus ángulos y aquel "Marqués d'Argenville", trazado con letra clara y precisa, tenía intrigada a la familia del país de la Democra-



Durante la velada

cia, y orgullosa, a pesar de ello, por verse así halagada, nada menos que por un noble de la orgullosa patria del famoso Rey Sol.

Sobre Peggy Winston, la doncella, cayó la curiosidad de los millonarios, que a toda costa querían conocer todo lo referente a aquellos heráldicos cuarteles que parecían burlarse de su ignorancia con sus lobos rampantes y sus lunas de plata.

—Nada más fácil que saber de su origen—dijeron la doncella—. Voy a buscar un almanaque Gotha y le consultaré.

Y así fué, por su desgracia.

Ligera y distraída, se encaminó la bellísima Peggy a la librería donde solía hacer sus compras de libros, dispuesta, al mismo tiempo, a volver a adquirir "Soñar despierto", libro de su poeta favorito, que el día anterior se olvidara en el "hall" del castillo, entonces inmarcesible y hoy cercano, para sus señores.

Ni qué decir tiene que el marqués d'Argenville habíase fijado el día anterior en la belleza de la muchacha, que sobresalía en mucho a la de Swendolyn, su señora y ni qué decir tiene que Guy de Bazin había hallado y hojeado el libro abandonado por ella en el vestíbulo.

Interesado, pues, por la belleza de la joven y deseoso de que le dieran noticias de ella, marchó a casa del librero cuyo sello ostentaba el libro en la cubierta; libro que de antiguo era amigo del marqués.

En la librería estaba pidiendo cuantos detalles podían darle sobre la bella compradora, cuando hizo ésta su aparición en el establecimiento.

Un rasgo de audacia del marqués, que se fingió dependiente de la casa editorial, púsole en comunicación con Peggy, que le preguntó en correcto francés.

—¿Tiene usted el almanaque de Gotha?

—Para las caras bonitas como la suya, señorita, no falta nada en esta librería...

El almanaque pasó muy pronto a poder de Peggy.

—¿Qué vale?—preguntó.

—Nada, señorita... Lo regalamos a los clientes.

—Muchas gracias... El libro no es para mí. Yo no daría un centavo por el aristócrata de más rancio abolengo del almanaque...

—¿Qué le han hecho a usted los aristócratas, señorita?—preguntó intrigado el marqués.

—Nada... Los aristócratas no hacen nunca nada...

Y Peggy se dispuso a partir, dejando con esta última contestación la conversación cortada.

—No se vaya usted, señorita— dijo vehementemente el marqués, al comprender su intento.

—Tengo aún muchos libros que enseñarla. Mire usted, señorita: el mejor de nuestros mejores novelistas, el más insigne de nuestros filósofos, el poeta más delicado de todos los poetas de Francia. Llévese usted los tres. Se los regalo...

—Es usted muy amable, pero yo no acostumbro a leer más que un libro a la vez.

—Si usted me permite, se los leeré yo mismo... Si usted me lo permite...

Y se lo permitió.

* * *

Comenzó mirándole desconfiada y acabó rindiéndole su corazón.

Y bajo los parques del viejo París, prendida a su talle, paseó el amor naciente que

iba ganando de un modo absoluto el alma de aquel hombre que no supo nunca de un amor honrado y que al chocar con él por vez primera, dejó que poco a poco fuese penetrando en su corazón su dulzura suave y serena; suave como el terciopelo de la tez de su adorada Peggy; serena como la mirada tranquila y pura de sus ojos acariantes.

El amor en sus juegos habíales enredado y, felices con aquel nuevo sentimiento en sus respectivas almas, fueron bañándose en sublimidades y esperanzas. Alejada ella de la poca sensibilidad de los millonarios, a quien servía. Olvidado él de sus compromisos, contratos y deudas.

Nunca como hasta entonces sufrió el marqués la pérdida de su fortuna, que mil y mil veces hubiera ofrendado a la belleza plácida de Peggy, la americanita de los ojos acariantes y magníficos bajo la seda tupida de unas pestañas que ensombrecían aún más sus pupilas maravillosas en su femenina serenidad.

Y Peggy, que le creía un pobre dependiente de librería, le amó, ofreciéndole los sueños que elevaran mil castillos áureos en su divina juventud, iluminada siempre por la esperanza de un amor que ahora la concedía el destino como justo regalo a su belleza y a su bondad.

Durante los ocho días que siguieron a su



Peggy que le envía un pobre dependiente

encuentro, pasearon su felicidad por parques y jardines, por museos y restaurantes. En los primeros, como si los conociesen, los pajardarles la bienvenida, al verlos aparecer por las alamedas, prendidos del brazo. En el último, los camareros, sonrientes, les ofrecían el más discreto rincón, comprendiendo en sus miradas la plena necesidad de separar aquella su ingenua emoción de las sonrisas y las miradas de la gente absurda y cruel, en general, con el amor.

Pero estaba de Dios que aquella felicidad fuese poco duradera, y que el dolor hiriese de pleno aquellas dos almas, nacidas para comprenderse y adorarse, y así fué...

Cuando se separaron aquel día, quedaron citados para la noche, sin pensar el marqués que aquella noche era la señalada por sus comanditarios para que el d'Argenville recibiese y cenase en su castillo con míster Grugger y su honorable familia.

Al llegar a casa nuestro héroe, henchido el corazón de dicha y de ensueños, la loca fantasía y al dar una orden a su mayordomo, en consonancia con sus proyectos para la noche, hubo de decirle éste, viendo la falta de memoria de su señor:

—¿Se ha olvidado usted de que los millonarios americanos están invitados a comer aquí esta noche?

—Lo había olvidado, sí. Avíseles que no

Véngan... Tengo esta noche un compromiso más importante a que atender.

No dijo nada el mayordomo; pero inmediatamente hizo conocer al presidente de la entidad "Marqués en Comandita", la contestación de su señor.

Minutos habían pasado cuando Floset se hizo anunciar al marqués d'Argenville.

Las primeras palabras, después de las de salutación que el buen tono exige y el marqués imponía a su comanditario, con gesto trágico y ademán tribunicio, comenzó el buen Floset su catilinaria.

—¡Señor marqués!... ¡Lo sé todo!... ¡Lo he visto todo!... Sé a qué obedece su compromiso de esta noche, que tanto daño hace a nuestros intereses, y sé también que está usted enamorado como un pobre estudiante de una muchacha que no es rica ni mucho menos.

—¿Y cómo se atreve usted, imbécil—preguntó enfurecido el marqués—, a inmiscuirse en mis asuntos privados? ¿A usted qué le importa, estúpido, de mis amores ni de mis propósitos?... Estoy enamorado, sí, ¿y qué?

—El señor marqués se olvida de las cláusulas de nuestro contrato. Debe usted recordar el artículo XX, que dice textualmente:

“El marqués no deberá poner atención en ninguna mujer, sin permiso de la compañía.”

—No recuerdo más que el artículo XXIV, que señala no menos concretamente que de ninguna manera la compañía se inmiscuirá en

los hábitos personales del marqués... ¿No es cierto?

—Marqués, no quiero molestarle. La compañía recuerda a usted el objeto de esta cena y le ruega que no perjudique los intereses que todos los comanditarios pusieron en su lealtad.

—No os apuréis. Cumpliré el contrato al pie de la letra; pero no os olvidéis que los asuntos del corazón son de mi única incumbencia. Podéis preparar la cena y avisarme cuando lleguen mis invitados.

Poco después recibía Peggy una esquela del marqués suplicándola que no le esperase, pues asuntos urgentes le imponían la pena de no poder estar a su lado.

Aquella esquela tuvo contestación en un suspiro muy hondo que se escapó del pecho de la bella, que presentía en sus cortas líneas la amenaza cruel de una desdicha. ¡Pobre mujercita y pobre de su corazón!

* * *

Ni qué decir tiene lo malhumorado que recibiría el marqués a sus visitantes y las tonterías del niño Willián que tuvo que soporlar durante la velada, a más de las impertinencia de la madre, la pedantería de Sendolyn y las estupideces de míster Grugger, el fabricante de conservas, que le estuvo molestando durante toda la cena y hasta el momento en que la puerta se cerró tras ellos.



El casamiento del marqués y la millonaria

Procuró estar amable y galante con Sendolyn, la millonaria, futura marquesa d'Argenville, y soportó con paciencia y serenidad semitas al resto de la familia Grugger, que visitaron por fin el castillo, asombrados ante los tesoros artísticos en él encerrados por la exquisita sensibilidad de los nobles abuelos del marqués, que parecían esconderse en sus cuadros ante la vulgaridad de maneras de aquellos villanos enriquecidos que iban a manchar sus blasones con la grasa dorada de sus conservas.

Comprende el sacrificio que va a realisbar y no se atreve a consumarlo, pues se ha dado cuenta de que ama con todo su corazón a Peggy, que nunca más volverá a acercarse a él, merced al sastre Floset, quien comprendiendo que en ella está el obstáculo que hará caer por tierra los planes de la entidad, la revela la verdadera personalidad del dependiente a quien ama, y tras del que se esconde el arruinado marqués d'Argenville, cuyos planes respecto a su señora comunica Floset a la doncella, hiriéndola en pleno corazón.

Cuando, al día siguiente, el marqués acude al hotel donde residen los Grugger, para pedir la mano de Sendolyn, se encuentra con ellos a Peggy, que le recibe pálida y fría.

Pocas palabras cruza con la mujer a quien más ama en el mundo y que sabe perdida para siempre.

Pocos trámites tiene que realizar el marqués para llevar a cabo su proyecto. El mi-



El nuncio señora marquesa hasta nunca

llonario acepta sus condiciones por poner sobre la frente de su hija la corona d'Argenville y Swendolyn, acepta no menos complacida, elucubrada por los títulos del noble arruinado a quien no ama y con el que pocos días después contrae matrimonio en presencia de su doncella Peggy, que asiste serena y fría exteriormente a la ceremonia con todos los pájaros negros del dolor sobre su pobre corazón angustiado.

Concluida la ceremonia, Peggy pide y obtiene permiso para embarcar con rumbo a su país. Ha soportado valientemente aquella prueba, pero se siente débil para ser testigo

de la felicidad del único hombre que hizo latir su corazón y en él persiste a pesar de todo.

La pena del marqués no es menos ruda. Se halla casado con una mujer a quien no ama y ante la compradora de sus títulos y de su nombre y ha visto huir de él para siempre a por quien no es amado. Se siente humillado su adorada Peggy, a la mujercita de sus sueños más puros.

¡Pero ha cumplido con lealtad un compromiso de honor!

Se halla con su esposa y con sus padres políticos en el salón principal del castillo. Sobre la frente de Swendolyn aun no se han marchitado los azahares y los lirios persisten en su juventud.

El marqués no quiere tener ningún cargo de conciencia, y pregunta a su nueva familia:

—¿Son ustedes felices? —Está usted, señorita, contenta de ser marquesa

—¿Cómo no estarlo? —contesta por su hija el viejo Willian—. Mi dinero me ha costado, marqués... Todos sus acreedores han cobrado antes de la ceremonia sus créditos.

—Me alegraré, señorita, que sea así, pues deseo de todo corazón que el título que acaba de comprar el autor de sus días le reporte más felicidad que la que a mí me reportará... Ya es usted marquesa, dueña de mi título y de mi castillo... Pero antes de llamarla a usted "esposa mía", poniendo en estas palabras

un algo de mi corazón, quiero hacerla a usted una pregunta:

—Puede usted hacerla, marqués.

—¿Se conformaría usted a vivir sola conmigo, lejos de sus millones y con el producto de mi trabajo, en el empleo que mi afán pudiese encontrar?

—¡De ninguna manera! —contestó sin pensarlo Swendolyn.

—Pues entonces, señora marquesa, hasta nunca. Los hombres de mi linaje venden sus títulos; pero nunca su propia dignidad ni su corazón...

Momentos después, del castillo d'Argenville, a pie, sola y con escasas monedas en el bolsillo, salía el conde para nunca más volver.

Se propone rehacer su vida y volver la paz a su corazón.

* * *

Un año después en el país de vuelta a empezar el marqués d'Argenville, está colocando algunas obras nuevas en el escaparate de una librería, en la que hace oficios de dependiente. ¡Como aquel día!

Y también como aquel día llega Peggy al escaparate en que Guy de Bazin persiste en su trabajo.

Ninguno de los dos se ha dado cuenta; pero el amor, que juega entre ellos, hace que sus ojos se encuentren: y ambos se recono-

cen. El con placer por volver a encontrar el objeto de sus esperanzas e ilusiones más caras; ella con dolor, por volverse a tropezar con el hombre a quien únicamente se rindiera su corazón.

Pretende huir del maleficio de las miradas de él, que la detiene, y con algunos títulos de obras que tiene a la mano, la va haciendo la historia de su vida. Y así pasan sucesivamente ante los asombrados y amantes ojos de Peggy: "La historia de un muchacho malo", "El cazador de dotes", "Matrimonio", "El paraíso perdido" y "Divorcio", y por último el letrero imprescindible en toda librería: "Obra nueva".

Hay tan amorosa súplica en los ojos de él y en el corazón de ella tanto amor, que pronto se encuentran enlazados para no separarse jamás, mientras el título de una obra, que Guy tiene en sus manos ,resume aquella historia de amor y de dolor.

Es la obra de Shakespeare que lleva por título: "All is well that ends well." (Todo está bien si acaba bien.)

No puede acabar mejor: el marqués d'Argenville y Peggy se han abrazado ya para toda la vida, mientras a su vera el amor sonríe complacido de su eterno unir, con lazadas de sirgo, almas gemelas para la vida y la pasión.

Las más Grandes Figuras de la Pantalla

solamente las encontrará en

BIBLIOTECA FILMS

y

FILMS DE AMOR

Mary Pickford

Pola Negri

Gloria Swanson

Bebé Daniels

Raquel Meller

Alice Terry

Jacobini

Colleen Moore

Laura La Plante

Dolores del Rio

Vilma Banki

Dolores Costello

D. Fairbanks

Ramón Novarro

Charlot

Adolfo Menjou

Lon Chaney

Gary Cooper

Ant. Moreno

Chiquilín

George O'Brien

Emil Jannings

Ronald Colman

John Barrimore

Lo más selecto del repertorio de estos artistas figura en el CATÁLOGO GENERAL que se remite gratis, solicitándolo a

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona